

tos sacramentos, murió Pedro Nochi, uno de los indios de Conicari, que habia venido á esta empresa con su mujer Margarita. Como á las ocho de la noche, al tiempo que estábamos para cenar, vinieron muchos indios naturales edues y didius, armados de arco y flechas, cosa que por no haber sucedido otra vez, ni á semejante hora, nos causó admiracion; venian preguntando que quién habia herido y muerto á nuestro difunto; si algun edu ó algun didio; y es, que como unos de los naturales lo habian visto morir, entendiendo moria de algun flechazo (como quizás los mas de ellos suelen morir) venian á vengar esta muerte, y nos dieron el pésame de ella, haciendo como demostracion de llanto, y no dejamos de gustar de esta fineza, cuando les dijimos no lo habia muerto ningun edu ni didiu, sino que se habia muerto de muerte natural, y que como esperábamos, se habia ido al cielo, quedaron contentos y se volvieron á la ranchería.

En 30 enterramos nuestro difunto, estando presentes muchos naturales, acompañándole á la sepultura todo el real, y tambien los naturales; fué el entierro junto á una santa cruz grande, que pusimos pegada al real. Hoy y ayer se hallaron muchos pedernales muy escelentes para sacar lumbre, y para arcabuces, &c. A la tarde hubo plática.

## AÑO DE 1684.

El primer dia de Enero de año nuevo 1684, confesaron y comulgaron muchos, con el señor almirante, animados á esas tan pías obras con la plática del dia antecedente. A la tarde el señor almirante, el padre Gony y cinco soldados y yo, fuimos á caballo como dos leguas de camino hácia el Sur, á ver si habia alguna ranchería ó aguaje y buen camino para emprender despues una jornada hácia la entrada de San Dionisio, y hácia el puerto de los danzantes, á donde staba Dionisio el capitanejo de los edues, Gerónimo y otros edues conocidos, que ya hacia mucho tiempo que no nos venian á ver, nos acompañaron muchos indiezuelos naturales que unas veces los tomábamos en ancas, otras veces iban corriendo con mucha viveza



y agilidad y con gusto singular de ir en nuestra compañía. A las dos leguas de camino, dimos con un pedazo de mal paso, tomamos nuestra derrota y hacia el mar hallamos una linda playa, muchos alcatraces, muchas conchas y un arco de peña viva, que por debajo de él pasaron á caballo; hallamos tambien los huesos de algunas de las bestias caballares, mulares y carneros, que los de la capitana los pasados meses de Junio y Julio echaron á la mar, al tiempo que con los contrarios vientos Sures no pudieron llegar de Hiaqui al puerto de la Paz con los bastimentos que traian, y en estos parajes, sin duda por divina disposicion, y aun sin que aquellos navegantes pretendieran venir á estos parajes de estas tierras de los edues y didius, se hallaron obligados á saltar en tierra á buscar agua, y juntamente hallaron á los naturales, que ahora con el favor del cielo, con primicias de esta California, se van muy lindamente disponiendo para su conversion á nuestra santa fé. Casi todo el camino de ida y vuelta fué por buenas tierras para sementeras, con mucho contento nuestro y de los muchachos naturales, que despues volvieron y se quedaron á dormir con nosotros, como o hacian diez ó doce todas las noches.

En 2 de Enero, despues de nuestras misas, emprendimos otra vez el camino del Sur hacia la ensenada de San Dionisio, los de ayer y un soldado mas, y tambien un indio natural, llamado Santiago, que el señor almirante le puso á caballo y le armó de cüera y adarga á modo de los demas señores soldados nuestros, y venia enseñándonos el camino; al principio tambien nos venian acompañando otros muchos muchachos; pero como íbamos á prisa, no nos pudieron seguir, y los mas chiquillos, de dolor, empezaron á llorar y solo dos, Ignacio y Dieguillo, nos fueron acompañando como cuatro leguas; y llegamos como á la una del dia á una barranca en donde no podian pasar los caballos: con que nos apeamos, enviamos por agua y en el ínterin yo, con el padre Gony y un soldado, subí en un altillo desde donde, con el anteojo de larga vista, vimos nuestro real, y tambien des-

de allí se divisaba lindamente la mar y la ensenada de San Dionisio, la isla del Cármen, la de Pitahayas y la boca del puerto de Danzantes. Los que enviamos por agua hallaron bastante para nosotros, &c.; pero como estaba en la barranca, no pudieron bajar á beber los caballos; al tiempo que bajaron á traernos el agua con cuatro calabazos los tres indios naturales y otro indiezuelo de Jécora, hallaron en el aguaje un indio edu, muy conocido nuestro, que habia estado desde los principios de nuestra llegada, por mucho tiempo en el real con nosotros, y le habiamos puesto por nombre Gregorio, y se alegró de nuestra llegada, y en el ínterin llegaba el agua fué á llamar otro mozo compañero suyo y entre ambos nos vinieron á ver, aunque el uno, como nunca nos habia visto, tuvo su poco de recelo en ver tambien los caballos y los perros, y venia diciendo que era amigo de Gregorio, confiado que por esta amistad no le habia de suceder mal alguno; y por ser la octava de San Estevan, le pusimos por nombre Estevan: regalámoslos con pinole, carne, maiz, tortillas y tamales y quedaron sumamente contentos; y cuando ya estábamos para volvernos al real, les di una taleguita de gamuza con un poco de maiz y un poco de carne tasajeadada, para que la llevaran á San Dionisio á Gerónimo y á Luisiño; pero ellos pidieron con mucha instancia que nosotros fuéramos á hacer noche á sus tierras, que antes de ponerse el sol habiamos de llegar, y allá estaba Dionisio y los demas en sus pescas y nos darian mucho pescado; y fué notable el desconsuelo que tuvieron de que nos volviésemos; no obstante, por no tener prevencion de bastimentos para otro dia, nos despedimos y fuimos bajando á pié estirando los caballos hacia nuestro real, como un cuarto de legua; cuando ya estábamos á caballo, parecieron otra vez entre nosotros los dos indios gentiles, Gregorio y Estevan, que por el mucho amor que nos habian cobrado, no se sabian apartar de nosotros y gustaban de acompañarnos hasta el real; pero los remitimos con la taleguita y con el maiz á Dionisio, y les dije que al dia siguiente me trajeran la tale-



guita al real; aunque algo tarde y con notable cuidado de los señores del real, que temiendo nos habia sucedido alguna fatalidad, trataban de disponer á salir á media noche y saber de nosotros; y así les fué de grande consuelo nuestra llegada.

En 3 de Enero á medio dia, vino Gregorio con la taleguita, que algunos habian entendido no la habia de traer: con él vino tambien Estevan y otro desconocido, que llamamos Juan por ser la octava de San Jaan, y quedaron con nosotros unos cuantos dias.

En 5 de Enero empezaron las primeras lluvias que habiamos visto en estas Californias (quipatas las llaman en la Nueva España). Vinieron muchos indios é indias al abrigo de nuestros jacales.

En 6 del mismo, dia de pascua de reyes, aunque se habian ya acabado las aguas ó lluvias, vinieron á vernos muchos indios: se les dió maiz y de comer, aun con mas liberalidad que otros dias, y á la noche se quedaron á dormir cuatro nuevos chicos con nosotros en nuestra casa de la Compañía: eran dos de ellos como de cinco á seis años de edad, que los llamamos Fernandillo y Nicolás, y los otros dos como de dos ó tres años, los que llamamos Miguel y Manuel, todos de muy lindo y docilísimo natural; y Manuel, al ponerse el sol, su madre se lo queria llevar consigo como otras madres y padres llevan sus chiquillos á dormir á su ranchería, empezó á llorar muy mucho, y con esto consiguió el intento y consuelo de quedarse á dormir con nosotros, y rezó con mucha docilidad las oraciones como los demas, que tambien iban aprendiendo á cantar la salve y las letanías, con una docilidad tan grande que era la admiracion de todos.

En 8 de Enero visitamos un enfermo que habia en la cercana ranchería de San Bruno. El señor almirante, el P. Gony y yo, hallamos á los indios por extremo amigos y afables, y les dimos maiz, pinole y carne; y aunque los del parentesco del

enfermo estaban llorando mucho, no dejaron de quedar bastante contentos de nuestra vista. A la tarde, desde el altillo donde estaba nuestro real, vieron los indios unas zorrillas: fuéronse tras de ellas y trajeron la una lastimada de un pié de una pedrada y parecia muerta; pero cuando el señor almirante las dió á los perros por ver si la mordian, se fué como si no tuviera nada y se metió en el monte; aunque los indios todos fueron detrás de ella y la cogieron otra vez y se la comieron, como comen tambien los coyotes; y cuando al ponerse el sol bajé otra vez á ver al enfermo, con un poco de maiz y dulce y otros socorrillos para él y tambien para los otros, volvíme acompañado de muchos indios é indias á quienes, despues de rezadas las oraciones, repartí maiz, pinole y carne, y volvieron á su ranchería.

En 9 de Enero, domingo por la tarde, fuimos el señor almirante, con cinco soldados y doce indiezuelos en siete caballos, para ver los indios de la ranchería de San Isidro, íbamos aviaados con pinole, maiz, carne y chancaca para regalarles y hacerles bien, y para predicarles la cristiana caridad mas con las obras que con las palabras; pero como por el camino en tres diferentes ocasiones dimos con las indias, que recojian muchas semillas de varias yerbas y frutas silvestres para el sustento de sus familias, y unas de ellas eran las madres de los mismos muchachitos, que llevados de cuando en cuando en ancas, iban con nosotros; nos detuvimos y les repartimos la mayor parte del maiz, pinole y carne que llevábamos; y como despues de haber caminado como otras dos leguas, nos pareció ser tarde para llegar á la ranchería de San Isidro que distaba otra legua, determinamos dejar esta ida para otro dia, y volvimos al real al que llegamos al anocheecer; hicieron noche con nosotros indios chiquitos y grandes, que estaba ya establecido que casi todos los ranchos tenian su indio natural señalado, que todos los dias les traian toda el agua y leña necesaria, y muchas veces sin mandárselo, y otras muchas veces bastaba el decírselo en lengua



castellana, que casi todos se amañaban mucho en aprender varias palabras de ella y tambien de hablarlas.

Dia 10, en estos dias mandó el señor almirante hacer y sembrar una milpa grande junto al real, hubo unas noches muy frescas, que se helaron unas de las zandias, que dias antes se habian sembrado. Salió muy lindo el trigo, que yo en unas pocas matas habia sembrado los dias pasados, con buenas esperanzas, que con el primero que se habia de cojer se habian de hacer ostias, y celebrar el santo sacrificio de la misa en estas Californias ó Carolinas; trabajóse tambien para hacer adobes para la fortificacion, pues se habia reparado que los cueros en lloviendo quedaban de poco provecho para trinchera; y aun los primeros adobes no dejaron de salir buenos.

En 12 de Enero, miércoles á las ocho de la mañana, al tiempo que yo empezaba á decir misa hubo un grande temblor de tierra ó terremoto, que tembló la iglesia, el Santo Cristo, y las demás imágenes, y estuvieron para tocarse las campanas.

En 13 á la tarde, cuando estábamos en mucho sosiego, y acompañados de muchos didius, hubo voz que venian muchos edues, y de repente se nos desaparecieron todos los didius corriendo á su ranchería; y de allí á un rato se vinieron corriendo las mujeres de los didius; Margarita, María, Magdalena, Francisca, y otras chicas y grandes á nuestro real, que nos pareció venian algunos enemigos de guerra; pero luego supimos venian los edues de paz y á vernos, aunque no vino su capitanejo Dionisio; vino Ignacio, Gregorio, Antonio, Cosme, Francisco Javier, Marcos, Bartolomé, Luisillo y otros; les repartimos maiz y durmieron con nosotros, parte en casa del señor almirante y parte en casa de la Compañía, nos trajeron muchos y muy grandes huacamotes casi de todos los ranchos.

En 14 y 15 de Enero, comimos los primeros motes de maiz y frijoles, nabos, que se habian dado en estas Californias ó Carolinas, que los ofrecieron en el altar de Nuestra Señora de Guadalupe. Que las pocas matas que á mediado de Octubre

sembramos, no dejaron de darse razonablemente, aun con estos frescos de Diciembre y Enero, sacamos noticias y esperanzas, que con sembrar mas temprano, y luego que bajaron al rio á fines de las aguas se han de dar muy buenas y fertilísimas milpas. Tambien hoy se despidieron y volvieron á sus tierras y ensenadas de San Dionisio los edues.

En 17 de Enero pedí y alcancé del señor almirante unos compañeros para ir á ver la ranchería de San Isidro; fuimos saliendo del real despues de misa, el Sr. alférez D. Lorenzo de Lescano, con siete soldados y yo, todos á caballo, acompañánnos dos indios de la dicha ranchería, que se hallaban en el real, Vicente y Manuel; como á dos leguas y media de camino hallamos muchos muchachos de la ranchería de San Isidro, los regalamos con cosas de comer; y fuimos acercándonos á dicha ranchería de San Isidro, pero cuando los muchachos que todos nos venian acompañando, y algunos de ellos habiamos tomado en ancas de nuestros caballos, pareció no gustaban entráramos, y por no causar algun susto repentino é imprevisto, pasamos á sestear al cercano aguaje de San Isidro, sin entrar por entonces en la ranchería; dimos maiz y carne á todos los indios, sembramos un poco de maiz, trigo y habas, y tratamos de volver á nuestro real entrando en la ranchería, que cuando repararon esta nuestra determinacion los indios, se adelantaron corriendo como unos venados, á avisar de nuestra venida, cuando llegamos no hallamos mas que tres ó cuatro viejos, y dos ó tres mujeres, una con dos ó tres chiquillos, fuimos dando algunas cosas de comer, sin señal de ninguna aspereza y hostilidad, y con la mayor cristiana caridad que pudimos, deteniéndonos con ellos un cuarto de hora, en el ínterin vinieron llegando otros muchos mas, chicos y grandes, y empezaron á menearse unos petatitos y trastes que los indios tenian en el suelo, y era que debajo de ellos tenian escondidos á sus chiquillos, y nos fué así de admiracion como de notable consuelo el verlos ir saliendo, y perdimos el demasiado y gentilico miedo y al verlos



venir así los chiquillos como los grandes á pedirnos nuestro pinole, carne y otras cosas que íbamos repartiendo; cuando al fin nos despedimos, se quedaron muy contentos y nos vinieron acompañando no solamente Vicente y Manuel, sino tambien Sebastian y otro nuevo que llamamos Francisco Javier, que llegaron hasta el real á dormir con nosotros otros muchos muchachos y muchachas que tambien nos vinieron acompañando, y como los caballos iban tan á prisa á la primera legua de camino, se quedaron atras y antes que llegáramos al real entramos, aun montados á caballo, á la ranchería de San Bruno, á donde nos recibieron con muchísima alegría de grandes y chicos, y nos vinieron acompañando bien y muchos hasta el real.

En 19, vinieron á vernos tres de los muchachos de la ranchería de San Isidro, de los que antes de ayer habian estado; con los que entramos á caballo eran Jusepe, Ignacio y Pedro; todos tres como de ocho ó nueve años de edad, y se quedaron á dormir con nosotros, y á aprender las oraciones, y á asistir al rosario, misa y letanías, y á aprender á cantar la salve con los demás.

En 20 de Enero, fueron Ignacio y Jusepe, y trajeron de la dicha ranchería otros cuatro muchachitos, dos de ellos muy chiquitos, Sebastianillo y Gabrielillo y Toribio, Antonio, y otro Jusepe, y tambien vino con ellos Leopoldo y otros, y durmieron en casa de la Compañía.

En 22 de Enero, en la cocina maltrataron á un indio llamado Santiago, y se fué de nosotros para nunca volver. Tambien Margarita, una india viuda, mayo, por no haberle querido dar de comer, y por haberle amenazado de azotes, y garrotazos, se fué á hacer noche con los indios gentiles de la cercana ranchería de San Bruno; cuando esta tarde un indio natural Josepe, el padre de Manuelillo, se lo llevaba á la ranchería: eran tantos los llantos del chiquillo, y tantas las voces que daba gritando: padre Eusebio, padre Eusebio, pidiéndole le

socorriera, y ayudara, para que se pudiera quedar á dormir con nosotros.

En 23, los mismos indios vinieron á decir, que Margarita habia hecho noche con ellos en su ranchería: el Sr. almirante la mandó azotar y echar en el zepo, quitándola del trabajo en que estaba ocupada en hacer petates para la iglesia, y cuando supe de lo que habia pasado, como tambien por otras partes me constaba de lo poco que se daba de comer á los indios, fuí á avisar al Sr. almirante, para que avisara á sus criados, que no maltrataran á los indios cristianos, dándoles ocasion á que se huyeran á los gentiles, que de la misma manera, el vigor de cierta persona en el puerto de la Paz, habia dado ocasion á que un grumete se huyera á los guaycuros, con los grandísimos daños que se sabe han sucedido, de pérdida de muchas almas y del puesto. El Sr. almirante empezó á patrocinar los procederes de los criados, y ha echar toda la culpa á los indios mayos y californios, y que era menester castigar los delitos de estos indios; y le dije, que yo tambien estaba en eso; pero que se castigaran en todos los reos, como lo merecian, por cuanto temia no sucedieran otras fatalidades mayores con irsenos los cristianos á los gentiles &c., y despues de una hora alcancé dejase salir del zepo á Margarita, y fuera á hacer petates. En la noche, la esclava del Sr. almirante parió una chiquilla.

En 24, domingo, dijose que un indio californio habia querido flechar al indio mayo que cuidaba de las cabras y ovejas, y se vino huyendo al real; enviaron dos soldados á ver de lo que habia, y no hallaron nada: iban con órden de tirar al indio californio.

En la tarde bajé á la ranchería á ver los indios, y todos salieron á recibirme con muchísimo amor, les dí algunas cosillas, y en el ínterin vino el indio Juan, evangelista, y le dí tambien un poco de pinole, y despues me dijeron, que aquel era el que rhabia querido flechar al pastor de las ovejas, y no quiso come



el pinole; me volví al real acompañado de muchos muchachos y muchachas, chicos y grandes, y Manuelillo ya por si solo se habia ido por delante para que no lo detuviera su padre: desde esta noche entramos en los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, el padre Gony y yo, pues el padre Gony habia de hacer su formacion.

En 30 y 31 de Enero, y en 1.º de Febrero lunes, que habiamos salido de los ejercicios, compusimos la iglesia, y la adornamos mucho mejor que ántes, ayudando mucho en esto así los señores soldados, como el Sr. almirante, y tambien los gentiles, que cada dia se iban adelantando en las oraciones, en querernos, servirnos, obedecernos y asistirnos, y todo lo que les mandábamos ó reparaban, era nuestro agrado, así en lo espiritual ó doctrina cristiana, como en lo temporal y corporal.

En 2 de Febrero, miércoles, dia de la purificacion de nuestra Señora, hizo el padre Matías Gony su formacion; confesaron y comulgaron muchos: en la misa hubo linda música del Sr. alférez Nicolás de Contreras, y del Sr. D. Juan de Briesca.

Nos hizo un liado convite el Sr. almirante, que tambien dió chocolate á todo el real, y mucha comida á los indios naturales. Esta mañana el soldado que estaba de caballada mató un venado, y de él nos dió un cuarto, y sirvió para la solemidad del dia. En la tarde bauticé solemnemente la chiquilla, que pocos dias antes habia nacido á una esclava del Sr. almirante, y se llamó María Angela; este bautismo lo hice en presencia de muchos naturales chicos y grandes, que fueron convidados, y despues fuimos á la Mar, el Sr. almirante, el padre Gony, y otros cinco soldados á ver donde habia un buen desembarcadero, y á traer conchas de varios colores, y semejantes cositas de la mar, para hacer un retablo al cuadro y altar de Nuestra Señora de Guadalupe; nos acompañaron de ida y de vuelta muchos indiezuelos, y hallamos á otras en la mar que pescaban,

y nos ofrecian pescado, les dimos maiz y pinole, y unos de ellos vinieron con los demás á dormir al real. Hoy dia, me mandó dar el Sr. almirante, como veinte sombreritos bien maltratados, y como otras tantas frazadillas tambien muy maltratadas, rotas y podridas; y unos cotones de sayal y unas enaguas, todas eran dadas de limosna del rey, para que me encargara de repartirlas á los indios; pero aunque me las pusieron en casa, ni yo ni el padre Gony, por la orden que teniamos de México de nuestros superiores, no nos quisimos meter en repartir aquellas cosas del rey nuestro señor, y dijimos que se podian repartir por manos de otros, y con eso no las tocamos; é insinuamos á los que las habiau traído las volvieran del almacen del rey á donde estaban los demas fardos, aunque no lo hicieron.

En 3 y 4 de Febrero, volví á avisar al Sr. almirante, que teniamos orden del padre provincial de no meternos en repartir la limosna del rey nuestro señor, y que con eso se la llevaran, y mandaran repartir por manos de otros: lleváronla pero con algun casi como disgusto del Sr. almirante, que dijo, mandaba el rey nuestro señor se repartiera por mano de los padres; en el interin que nos constaba de esto, quedamos ejecutando la orden de la obediencia, que debemos á nuestros superiores. Hoy dia uno de los criados del Sr. almirante, descalabró á uno de los naturales de una pedrada, sin que le hubiera dado causa para ello, pero llevó el castigo del Sr. alférez Contreras, que le dió unos cintarazos con la espada á vista y en presencia de los mismos naturales, y de mas á mas le pusieron en el zepo, cosa que para los naturales fué de muchísima edificacion el ver que se castigaban los delitos.

En 5 de Febrero, celebramos la fiesta de los tres santos mártires muertos del Japon, cuando esta tarde, como otros muchos dias y muy de ordinario, entraron en nuestra casa muchos indiezuelos é indiezuelas, nos fué de notable admiracion, que en el interin iban mirando varios cuadros é imágenes, al ver un cuadro de Ntra. Señora del Pasagio, con el santo niño



en los brazos, una indiezuela que seria como de diez ó doce años, llamada Manuela, en su lengua neve, pidió una y repetidas veces á la Virgen Santísima le diera un Santo Niño, y abrazaba, y levantaba los brazos para recibirle, y volvía á pedir y suplicar muy muchas veces se lo concediera, que lo llevaria con mucho cuidado, y se lo pondria en los hombros, al modo que suelen llevar sus chiquillos en estas tierras, y todo esto con tanta ternura de palabras y movimientos de manos, que era de suma admiracion y consuelo, y sin duda no sin misterio soberano, y cuando de allí á un rato vino el padre Gony, y le dije lo que pasaba con Manuela: repitió en presencia de todos, con las mismas instancias las mismas y repetidas palabras de alcanzar de la Virgen Santísima, su Santísimo Niño; la consolé, y sin duda, por medio del santo bautismo le habia de alcanzar y recibir; y despues de enseñadas las oraciones, como siempre, y dándoles un poco de maiz, los despachamos fuera de los diez ó doce muchachitos, que siempre acostumbraban dormir en nuestra casa.

En 6 de Febrero, domingo de septuagésima, despues de nuestras misas, se determinó el Sr. almirante á mandar repartir por mano de los señores soldados, casi dos pequeños farditos de ropa del rey nuestro señor, y unos como veinte sombreritos; las cosas que se dieron fueron frazadillas casi todas rotas, cortes de sayal, cuesquemiles, y ocho ó diez pares de calzaciones de paño; íten: añadió de lo suyo unas gargantillas de havalorios y unos zarcillos de vidrio, y quedaron gustosos los naturales, que se fueron amañando á ponerse de todo, los chicos y los grandes, hombres y mujeres. En la noche dijo el pastor, que seis gentiles le habian querido quitar un carnero.

En 7 de Febrero, pedí y alcancé del Sr. almirante, que entráramos á visitar y á amansar con algunos regalitos de comida á los indios de la ranchería de San Isidro; y fuimos el Sr. almirante, el padre Gony, el alferéz Contreras, y cinco soldados, y yo: camino de tres leguas, y otras que pasamos mas

adelante, y hallamos indios é indias mansos y afables, y de ellos vinieron unos cuantos con nosotros, hasta dormir en el real. Esta noche faltó una cabra.

En 8 de Febrero, dijo el pastor que se la habia llevado un gentil, y enseñó uno al Sr. almirante, que aunque por la mañana no le hizo nada, en la tarde le mandó prender; cuando él y los demas indios estaban traiéndonos y subiéndonos piedras para hacer la trinchera de la fortificacion, y nuestros indios mayos, haciendo adobes al mismo fin que todos estos dias habian salido muy buenos. Los soldados que precedieron al dicho indio gentil, de nacion edu, le llevaron al cuerpo de guardia á donde el Sr. almirante le dió doce ó quince azotes con un cuero crudió, y en el ínterin lloraron y se alborotaron los demas indios californios, particularmente los edues, con muchísimo sentimiento; y se huyeron los muchachos y chiquillos, y las mujeres: soltaron al azotado, y se les dijo era el castigo por el hurto, aunque muchos decian no se sabia fijamente, que el dicho indio habia hurtado, ni la cabra ni el carnero: el padre Gony, dijo á los didius, que éramos sus amigos, que ellos no hurtaban; respondieron que no éramos amigos, pues nos traian piedras y nosotros los maltratamos: fuéronse poco á poco todos los indios aun los que habiamos tenido por muy familiares y meses enteros habian estado sin apartarse ni una hora del real: se armaron de arco y flechas como si nunca nos hubieran conocido ó comunicado; no obstante, al ponerse el sol vinieron unos cuantos indios didius, unas mujeres y unos pocos muchachitos, que á todos les enseñé las oraciones, como otros dias, y les repartí como un almnd de maiz, que desde estos dias pasados habia empezado á dar á ese fin el Sr. almirante, y se fueron todos, sin que quisiera quedarse ninguno á dormir con nosotros. Mandáronse recojer todos los caballos, cabras y carneros: los caballos los tuvimos amarrados en el real; y á las nueve de la noche vinieron tres indios de los mas conocidos, Vicente, Francisco y Santiago, y dijeron querian dormir con



nosotros en el real: venian sin armas, pero con un palito con que ellos se sacan lumbre; no quisimos fiarnos de ellos, dímosles un puño de maiz á cada uno, y los despedimos á dormir á su ranchería. Dobláronse las centinelas y rondas, y se estuvo con buen cuidado, pues habia corrido la voz que nos querian pegar fuego en el real.

En 9 de Febrero vinieron muy temprano tres indios de la ranchería de San Juan, que eran Estevan, Juan y Antonio: nos dijeron se habian ido todos los edues, y que habian ido á convocar toda su gente, nacion, contra nosotros y pegarnos fuego á las cajas; pero que ellos nos avisarian de su venida; luego vinieron muchos didius y un solo edu, llamado Cosme, les enseñé las oraciones y les dí maiz; trajeron agua para todo el real y fueron yéndose y volviéndose; pero no pareció ningun muchachito ni ninguna mujer, que para muchos era señal de que ya no se fiaban de nosotros. Dijimos nuestras misas como siempre. El señor almirante mandó publicar en el cuerpo de guardia varias órdenes, acerca del cuidado que habian de tener los de centinela y ronda en todas las partes del real, que no se saliera de él sin armas, que no se admitiera con tizonas, sopena del zepo así para los españoles como para los gentiles, y que si hallara algun gentil que quisiera pegar fuego á algun jacal, le mataran, &c. Yo pregunté por los muchachos y como me dijeron estaban en la ranchería, envié uno de los mas amigos indios llamado Vicente á que me trajera á los mas conocidos: á Eusebio, Juanillo y otros; se fué Vicente, y luego vinieron unas de las mujeres: María y Magdalena, y un poco despues salieron del monte al aguaje los muchachos y yo fui á llamarlos á que se vinieran del real y les salí á encontrar, haciéndoles señas que vinieran, y aunque al principio no se atrevian y me hacian seña que yo bajara al aguaje á donde ellos estaban; finalmente, les persuadí que como á la mitad del camino nos juntáramos, y despues los traje en mi compañía al real y en la iglesia; les enseñé y rezaron las oraciones como los otros dias, poniéndose

para darles buen ejemplo y documento de rodillas, y rezando con ellos el señor almirante; y despues á todos mandó dar maiz, como se acostumbraba desde los primeros dias de este mes, todos estos eran didius y de los edues no parecieron, solo dos que, como los reprendieron con muy ásperas palabras, se fueron y no pareció otro indio edu, chico ni grande, sino fué uno llamado Eusebio, aunque todos cuantos se fueron á dormir á sus rancherías, ni quedó indio ninguno á dormir en el real. Los señores soldados sentian mucho el fresco de las noches en sus centinelas y rondas, y les habia cuadrado mas y ahora estimaban en mucho el sociego de la muchísima paz, que hasta ahora habiamos tenido y gozado, y se decia que los edues habian ido á convocar toda su grande nacion, que es muy grande para venir á matarnos.

En 10, por la mañana, se enviaron los caballos al pasto con cuatro soldados armados; como á las diez vinieron los didius, chicos y grandes, no solamente los que acostumbraban venir todos los dias, sino tambien unos cuantos indios chicos y grandes, hombres y mujeres que vinieron de la ranchería de San Isidro, y como ese dia rezábamos de S. Ramon, llamamos á uno grande y á otro chiquito del nombre de este santo. A la noche sólo se quedó á dormir en nuestra casa de la Compañía, Juanillo, un despierto muchacho de los didius. A medio dia vino de tierra adentro Leopoldo, y con él otro buen mozo, que llamamos Gaspar, luego vinieron á la casa de la Compañía: los regalé con pinole, maiz y cacles, y les dije que ellos, como didius, eran nuestros amigos; que si el señor almirante habia azotado á un edu era porque ellos hurtaban y porque seguian haciéndolo (como se decia de una cabra y un carnero): les cuadró el castigo dejando sus arcas y flechas en mi aposento, y se fueron paseando por todo el real, y tambien el señor almirante los regaló; y como Leopoldo es hombre que entre los suyos supone y vale mas que otros, hasta las demas mujeres didius le dieron de regalo algunas de las gargantillas que les habiamos dado los dias